

**Discurso de ingreso en la Real Academia de Medicina de
Salamanca del Dr. D. Francisco GONZÁLEZ SAN MARTÍN
(24 de septiembre de 2010)**

Excelentísimos e Ilustrísimos señores,

familiares y amigos,

buenas tardes a todos.

En primer lugar agradezco a los profesores D. José Ángel García, D. Juan Jesús Cruz y D. Rogelio González su propuesta para formar parte de la Real Academia de Medicina de Salamanca. Al profesor Cruz su amable presentación.

Constituye para mí un gran honor y la realización de una íntima ilusión el pertenecer a esta noble institución que lleva el nombre de la que podríamos considerar la primera Universidad de Europa, la “akadeimía”, fundada en Atenas por Platón hacia el año 388 a.C. y que se ubicó cerca del santuario consagrado al héroe Academo. Allí, no sólo se enseñó filosofía sino también matemáticas, astronomía, ciencias físicas y naturales.

Mil gracias a mis queridos padres, ellos me han traído a este mundo y siempre han sido un ejemplo de conducta para mí.

Mi madre me ha enseñado el único idioma que se habla en la Tierra: el maternés.

Necesitaría más de una vida para corresponder a mi mujer Pilar sus desvelos y su amor.

A mi hijo Francisco, él es la materialización de un sueño.

A mis hermanas, sin ellas mi existencia estaría incompleta.

A los clérigos escolapios que desde niño me mostraron el valor de la constancia, el trabajo y la ayuda a las personas que lo necesitan.

Un emocionado recuerdo al Prof. D. Amador **Schüller**, mi tutor y “magíster maximus” que fue presidente de honor de la Real Academia de Medicina y fallecido hace menos de un mes. Realmente he comprendido la frase de **Azorín** de que la influencia de un maestro se extiende más allá de dos generaciones.

A mis compañeros, de los que aprendo todos los días de su generosidad y espíritu de sacrificio.

A todos los pacientes que he tenido el privilegio de tratar.

A los presentes y ausentes, que a pesar de conocerme, me honran con su afecto y amistad.

En la exposición que sigue, pretendo señalar la importancia que para el médico en su etapa formativa, que dura lo que el ejercicio de su profesión, tienen la psicología, la filosofía y una concepción antropológica de su quehacer para contribuir a un progreso no sólo técnico sino fundamentalmente humano de la Medicina.

Desde la primera toma de contacto del futuro médico con su destino, se ve dedicado al estudio de una gran cantidad de conocimientos que hacen hincapié en la materialidad del ser humano, como las anatomías orgánica y funcional, la fisiología y las patologías generales, médicas y quirúrgicas que hacen precisas descripciones de entidades morbosas y de sus procesos diagnósticos y terapéuticos, existiendo solamente una disciplina, la Psicología Médica, que luego en cursos avanzados se enlazará con la Psiquiatría, con un planteamiento diferente de la persona sana y enferma.

Esto contrasta con la realidad que tengo observada desde hace más de 30 años, en que comencé a ver pacientes como alumno interno. Y la realidad, que suele ser bastante terca, me ha mostrado que nunca llamó a la puerta de una consulta nadie que nos dijera: soy la úlcera gástrica, el cólico nefrítico o la diabetes. Lo que realmente existen son siempre personas con tal o cual trastorno o padecimiento.

Por lo tanto, debo repetir algo que asombra a nuestros alumnos: las enfermedades, esos inmensos tomos de Patología

Médica que tenéis que asimilar, no existen... desde un punto de vista ontológico.

No tienen existencia y sentido mas que integradas en un ser humano. En una persona de igual naturaleza que el médico que le observa.

Será necesario buscar siempre al ser humano en la enfermedad y no a la enfermedad en el ser humano. Habrá que destinar mucho más tiempo al ser humano que a la enfermedad.

La separación de lo somático y lo mental, o de los componentes biológicos y psicológicos, es un error de nuestro pensamiento moderno que arranca en el dualismo cartesiano que definía dos naturalezas en el hombre: la “res extensa”, mensurable, y la “res cogitans” o cosa pensante, conéctandose ambas en la glándula pineal.

Más tarde, **Dilthey** distinguió claramente dos tipos de ciencias: las de la naturaleza, regidas por el principio de causa y efecto (natürwissenschaften) y las ciencias del espíritu o culturales (geisteswissenschaften).

Aunque nos resulte muy útil hacer clasificaciones y grados de los diferentes procesos para sus comparaciones clínico-terapéuticas, no debe olvidarse que cada persona, cada paciente, es absolutamente único e irrepetible, un milagro ante nuestros ojos y una responsabilidad ineludible.

Es necesaria la introspección, saber qué clase de médico se podría o debería ser en función de nuestra vocación y motivaciones.

Deberá aceptarse uno a sí mismo, conociendo sus posibilidades y limitaciones. Utilizará las potencialidades de crecimiento, desarrollo y aprendizaje con libertad emocional frente a las demandas sociales.

Se responsabilizará de sus propias acciones y procurará su competencia profesional, no dudando en colaborar, apoyar y recibir apoyo en sus relaciones interpersonales con otros profesionales sanitarios. Es preciso que conozca la dinámica de grupos y se integre adecuadamente en su unidad de trabajo.

Así pues, si se dedica al estudio de personas con una variedad de problemas, trastornos y enfermedades, debería conocer muchos aspectos que nunca le vendrán dados aunque sepa de memoria la etiología, clínica y el tratamiento de los mismos. Para todo ello precisará saber qué es la comunicación humana, sus condicionantes y desarrollo.

Boecio en el S. VI definió la persona como “una sustancia individual de naturaleza razonable” y **Kant** como “libertad e independencia frente al mecanismo de la naturaleza entera considerada a la vez como facultad de un ser sometido a leyes propias, es decir, a leyes puras, prácticas y establecidas por su propia razón”.

La personalidad es la cualidad que nos hace a unos diferentes de los otros e iguales a nosotros mismos a lo largo de los años.

Su carácter global es reconocido por **Pervin** que define la personalidad como “organización compleja de cogniciones, emociones y conductas que dan orientaciones, pautas y coherencia a la vida de una persona”. Como el cuerpo, está integrada por estructuras y procesos, reflejando tanto la naturaleza (genes), como el aprendizaje (experiencia).

La personalidad engloba los efectos del pasado, incluyendo los recuerdos así como también las elaboraciones mentales presentes y futuras. Los modelos dimensionales y las estructuras de rasgos permiten clasificar y describir diferentes personalidades.

Además de las facultades perceptivas y motoras, habitualmente exploradas en la historia clínica, el médico debe valorar lo que no es instinto, no es pensamiento ni percepción, esto es el complejo mundo interior de los sentimientos, una manera de estar consigo mismo en la realidad. La “urdimbre afectiva” de **Rof Carballo**.

Es interesante que conozca los mecanismos por los que se modifica la conducta como resultado de la experiencia, o sea el aprendizaje y las variedades de condicionamiento clásico y operante.

La memoria como capacidad de captar, codificar, almacenar y recuperar hechos y experiencias vitales es importante en situaciones normales y patológicas que deben saberse interpretar.

El proceso de comunicación bidireccional que se realiza en la relación médico-enfermo es un momento de vital importancia para todo el curso terapéutico posterior. El médico debe aprender a escuchar, interpretar y ayudar al paciente manejando adecuadamente la transferencia y la contratransferencia, mostrando respeto, empatía, interés y apoyo; evitando realizar juicios valorativos, con un lenguaje claro y sencillo, asegurándose de que se ha comprendido nuestro objetivo y explicando la actitud diagnóstico-terapéutica que debe ser compartida y aceptada.

La Antropología, con su visión global del ser humano, siempre me recordó a esos carteles informativos que de tanta ayuda nos resultan en ciudades extrañas y que marcan "You are Here": "usted está aquí". Pues eso... estamos aquí y no en otro lugar imaginario, y como bien sabemos no podemos seguir las consignas del Mayo revolucionario: "Paren el mundo que me bajo...". Estamos condenados a existir y a elegir aquí y ahora. No somos ningún hombre teórico (que no existe) sino una persona concreta en una familia, trabajo, sociedad y cultura concretas. Y así lo han sido todos nuestros hermanos desde que poblamos la tierra.

Es pertinente recordar que la propia Historia de la Ciencia nos ha puesto en nuestro sitio en al menos tres ocasiones:

- **Copérnico** demostró que no todo el Universo gira alrededor de la Tierra y menos de nosotros mismos.
- **Darwin** nos hizo ver que tenemos antepasados comunes con el resto de animales que poblamos el planeta.
- **Freud** expuso con claridad que existen mecanismos en nuestra mente que no controlamos y que nos pueden hacer enfermar.

Y es precisamente la Antropología la que nos recuerda nuestro lugar en el cosmos y cómo a partir de materia física procedente de las estrellas, en un largo proceso evolutivo de diferenciación, azar, humanización y sapientización, hemos llegado

a constituir el milagro que ahora somos y más aún el que podemos alcanzar y sin duda alcanzaremos en futuros siglos.

La Antropología social y cultural hace una fundamental división en nuestros esquemas cognitivos: hay un punto de vista “emic” y otro “etic”, conceptos derivados del lenguaje.

El punto de vista “emic “ es el que mantienen de forma interna las etnias y culturas que viven inmersas en su mundo socialmente aceptado y establecido.

El punto de vista “etic“ es el del observador-participante-antropólogo en relación con la citada cultura o grupo que estudia.

Son absolutamente diferentes y no somos el centro interpretativo de los demás, ya que la situación podría invertirse: ¿cómo vería un sujeto procedente de Amazonia nuestro mundo occidental?. ¡Qué cantidad de objetos inservibles o incomprensibles para él!.

Por lo tanto todas las culturas, etnias y civilizaciones son respetables. Esta concepción ayudará sobremanera al ejercicio de la medicina en el que cada vez con mayor frecuencia tenemos que tratar personas procedentes de áreas geográficas, etnias, culturas y religiones diferentes. Todas ellas merecen el mismo respeto que las propias. Son indignas de la profesión médica las discriminaciones y los prejuicios de sexo, raza, clase, religión, grupo étnico y cultura.

Nos oponemos como dice **Marvin Harris** a creernos los únicos representantes del género humano, estar nuestra civilización occidental en el pináculo del progreso o haber sido elegidos por Dios o por la historia para moldear el mundo a nuestro antojo.

La Antropología nos muestra también algo importante y sorprendente a primera vista: todas las culturas desde los kung del desierto de Kalahari, los tareumiut cazadores de ballenas del norte de Alaska, los yanomami de la selva venezolana o los habitantes de la Nueva York actual comparten un patrón universal integrado por tres componentes:

-la infraestructura, esto es, los medios de producción y reproducción.

- la estructura, formada por la economía doméstica y política,
y
- la superestructura, que consta de los aspectos creativos,
expresivos, estéticos, intelectuales y religiosos.

Pío Baroja médico al igual que Andrés Hurtado protagonista de su novela “El árbol de la ciencia”, cita en ella al profesor **Letamendi** que le dio clase en el antiguo Hospital San Carlos de Madrid, y fue este mismo catedrático de Patología General quien dijo sobre la enfermedad : “existe un estado, una situación vital que no es la salud pero todavía no es la muerte, y que no deja de tener nombre en toda lengua conocida”.

Esto es de un interés antropológico extraordinario habida cuenta de la importancia que el lenguaje, su correlación con el pensamiento y su valor práctico, tiene en todas las culturas, incluidas las ya extinguidas y las futuras.

La enfermedad y el ser enfermo es a lo que nos hemos dedicado desde siglos una parte de los homínidos, de los neanderthales y de los sapiens sapiens.

Estamos pues unidos por un hilo mágico invisible y espiritual con un mundo de chamanes, brujos, hechiceros y sanadores que se pierde en la inmensidad de nuestros orígenes. Y que ha sido articulado por la comunicación verbal y no verbal.

No podemos olvidar ni despreciar el valor de la palabra, el verbo, el inicio de todo, con su poder curativo y con su posible yatrogenia.

Heráclito de Efeso afirmó que “la naturaleza gusta de ocultarse” y el conocimiento consiste en desvelar lo oculto, correr el velo de las apariencias que lo cubren. Aprender a ver para conocer como **Leonardo da Vinci** cuyo lema en vida fue el llegar a “saper vedere”.

Con **Sócrates** se aprende el valor de la duda y del “daimon” interior que todos llevamos como guía. Comienza la autocrítica intelectual, algo tan en boga actualmente, las llamadas “oportunidades de mejora” personal y en los grupos, ya manifiestas

en la apología de Sócrates: "una vida sin examen no merece la pena ser vivida", en clara alusión a la búsqueda de las ideas.

Platón, el de espaldas anchas, sostiene con sus Diálogos el paso del mitos al logos, la palabra. Y partiendo de problemas concretos en sus primeros escritos se eleva a la consideración de la estructura de la realidad en un mundo justo en el que la dimensión colectiva es la más importante.

Sin duda leer los Diálogos platónicos es acercarse a la filosofía en estado puro. Parte de nuestro vocabulario y conceptos o expresiones en la cultura occidental proceden de allí.

Aristóteles fue hijo de un médico macedonio y preceptor de Alejandro Magno mostrando siempre un gran interés por la educación y el conocimiento, que parte de los sentidos, y nuestra inteligencia se encarga más tarde de convertir en abstracciones. Nos hace ver la importancia de la observación tan necesaria en la medicina.

De su inmensa obra destacamos aquí dos reflexiones prácticas:

- la doctrina del "meden agan": nada en demasía o la virtud como justo medio entre dos posiciones extremas, y
- la imprescindible búsqueda de uno mismo (el "gnosce te ipsum") socrático.

Cautivadora es la lectura de su "Ética Nicomáquea" dedicada a su hijo y siempre de actualidad: "no investigamos para saber lo que es el bien sino para ser buenos", algo siempre presente en nuestro ejercicio profesional y que remite a una de las mejores definiciones de médico que conozco: "vir bonus medendi peritus" esto es "hombre bueno experto en el arte de curar".

Entre los escritores que nacieron en la Península Ibérica durante la dominación romana, sobresale **Lucio Anneo Séneca**, cordobés y representante de la llamada "stoa nueva", con **Epícteto y Marco Aurelio**.

Con independencia de nuestra acepción del estoicismo, es necesario por nuestra actividad habitual, leer y conocer los tratados

morales de Séneca, que considera la filosofía válida para todos los hombres y siempre unida estrechamente a la virtud y a la felicidad.

Sin duda, una buena conciencia es el mejor testimonio de nuestro recto proceder.

La lectura de sus obras morales es una gran oportunidad para reflexionar sobre situaciones habituales en la práctica clínica y en la vida misma, en fin.

A veces cae en un pesimismo radical, como cuando le escribe a Marcia: “la mayor felicidad es no nacer” o “nada hay tan engañoso como la vida humana y nadie la aceptaría si se le diese la oportunidad de escoger”.

Abre las puertas a la eutanasia cuando afirma: “cuando la muerte viene a librarnos de un mal crónico o inevitable, cada vena del cuerpo es un camino para la libertad”.

La invasión árabe en el año 711 y su expansión peninsular permitirá la convivencia en el mismo ámbito territorial de las religiones cristiana y musulmana, con la presencia de una importante minoría judía. Es lo que se ha llamado la “España de las tres religiones”.

En ella brillan con luz propia dos grandes personajes que fueron a la vez médicos y filósofos: Ibn Roschd (nuestro Averroes) y Maimónides.

Averroes nació en Córdoba y es conocido como “el Comentador” por excelencia de Aristóteles y autor de una obra inmensa, por desgracia no conservada en su originalidad árabe ni en su totalidad. Facilitó el resurgimiento de la escolástica en el mundo medieval. Según él, hay tres categorías de hombres:

- el “vulgo o común de los humanos”, que se conforma con argumentos oratorios,
- los teólogos u “hombres de persuasión”, que se basan en raciocinios dialécticos, y por fin
- los filósofos u “hombres de demostración”, cuyo ideal es la ciencia y que requieren demostraciones necesarias.

Maimónides, también cordobés, tuvo un notorio prestigio y de sus obras hay que conocer “Los capítulos de Moisés”, libro de aforismos médicos a la manera de **Hipócrates**, y la “Guía de perplejos”, síntesis de su sistema filosófico-teológico, que trata de conciliar el judaísmo con la filosofía mediante la aplicación del “método alegórico”, distinguiendo en la Biblia dos sentidos: uno literal y aparente y otro espiritual y oculto.

Considera al hombre como un microcosmos compuesto de materia (cuerpo), origen de nuestros males, y forma (alma), fuente de todos los bienes.

Con **Tomás de Aquino**, nuestro patrón, puede verse el coraje de una personalidad fiel a sus ideas, que mantuvo en contra de las jerarquías eclesiásticas opuestas inicialmente a las doctrinas aristotélicas y más aún por su transmisión pagana a través del mundo árabe (de facto sus obras fueron condenadas por la Iglesia hasta el S. XIX).

En su “Suma Teológica” se aprecia todo el rigor intelectual de un filósofo que pone la razón al servicio de la fé (“filosofia ancilla theologiae”) de una manera honesta, ordenada y rigurosa.

La lectura de “Las Confesiones” de **Agustín de Hipona** encierra gran interés literario y psicológico.

El filósofo más importante del erasmismo español fue el valenciano **Juan Luis Vives**, en quien se manifiestan las actitudes más claramente renacentistas. De origen converso, su padre fue quemado vivo por la Inquisición en 1524, y su madre quemada en efígie junto con sus restos mortales en 1529.

A pesar de las dificultades que tuvo en vida, siempre afirmó (fue su lema) que no debemos quejarnos de nuestros problemas, sino intentar resolverlos o aceptar los hechos. **Baltasar Gracián** también opinó que el quejarnos nos pone en una situación de inferioridad nunca deseable.

En su libro “De disciplinis” formula por primera vez el método inductivo: de un grupo de hechos aislados, el espíritu forma una ley universal que, con el apoyo y confirmación de otros varios, es considerada como permanente y verdadera.

Es un importante precursor de la psicología actual en su “De anima et vita”, como destaca Watson. Distingue dos clases de memoria: la de “recoger” y la de “retener”.

Esboza la primera teoría moderna sobre las pasiones y es precursor de la psicología de las diferencias humanas y de la orientación profesional, ideas desarrolladas por **Juan Huarte de San Juan** en su “Examen de ingenios” en 1557.

Huarte, médico y filósofo, fue perseguido por la Inquisición por su empirismo, rechazo de los dogmas autoritarios y las creencias religiosas existentes en su época. Examinó, como precursor de la psicología diferencial y la orientación profesional, las disposiciones y temperamentos de los individuos al objeto de que cada uno se dedique a la disciplina para la que de forma natural está mejor dotado.

Francisco Vallés apodado “El divino” fue médico de Felipe II, y escribió obras médico-filosóficas con un carácter ecléctico e independiente.

Con **Hobbes**, que padeció un largo período de guerras civiles, se “vivirá” el concepto del miedo de unas personas por otras (“homo homini lupus”), las bases del pacto social y la convivencia en su Leviatán, además de la teoría del amor propio.

Muchas veces sufrirá el médico esta misma experiencia inmerso en rígidos esquemas sociales, imprescindibles para poder convivir, como el contrato social de Rousseau plantea.

Descartes pone de manifiesto la necesidad de un método o camino (concepto que tanto acompaña al médico) que nos haga objetivar a la manera de las matemáticas nuestro conocimiento. Y esto lo desarrolla de una forma admirable a partir de su propio pensamiento inicial “cogito ergo sum”.

De esta certeza en la duda nace el pensamiento moderno, en su admirable “Discurso del método para bien dirigir la razón y buscar la verdad en las ciencias”. Escribió también un “Tratado de la formación del feto”.

Locke, el iniciador de la filosofía anglosajona moderna, además de estudiar Ciencias Físicas y Filosofía, se ganó la vida como médico y toda su obra está muy orientada a la práctica. Es pionero en el concepto de tolerancia, las convivencias de distintas ideologías en un mismo país y de los derechos universales.

Baruch Espinosa, judío de origen español, fue perseguido como muchos filósofos por sus ideas que conjugan la fe y la razón de un modo admirable. Ha fascinado desde entonces y sus pensamientos permanecen actuales y fecundos.

De reconfortante lectura y reflexión es su “*Ética more geometrico demonstrata*” ética demostrada al modo geométrico, en la que como diría Ortega y Gasset se muestra que “la claridad es la cortesía del filósofo”, ya que define los conceptos que emplea y construye un admirable sistema filosófico hipotético deductivo, a veces acusado de panteísmo en el que todo al final es parte de Dios.

De gran importancia práctica es su concepto de “conatus” la tendencia de toda cosa a permanecer en su ser, la ética del deseo que influirá en la teoría psicoanalítica freudiana y en las filosofías existencialistas como Sartre comentaría “*c’est tres difficile d’etre*”.

Realmente los médicos comprobamos la dificultad de mantenerse en el ser, en una homeostasis compatible con la vida, en muchos pacientes. Cuántas veces las necropsias nos muestran órganos tan lesionados que no nos explicamos ciertas vidas y edades longevas.

En su ética nos lanza un mensaje de optimismo en la conocida frase “el hombre libre en nada piensa menos que en la muerte” que la sabe necesaria pero ajena, recogiendo las ideas antiguas de que “mientras estoy yo no existe la muerte y cuando ya no estoy la muerte no me afecta.

Leibnitz además de descubrir el cálculo infinitesimal, diseñó proyectos de ingeniería y aparatos como bombas de aire submarino y precursores de nuestros modernos endoscopios y spy-glass.

Aspiró a una “ciencia universal” a la unión de los estados y las religiones y a un lenguaje artificial para ser vehículo de todos los seres humanos a la manera del esperanto.

De **Hume** el médico aprenderá prudencia, moderación y su empirismo cierto.

Hay lo que hay. Debemos (como le ocurrió a Kant) despertar de sueños dogmáticos y ver la realidad, las “impresiones” que el mundo nos deja, esto es, las sensaciones a partir de las cuales se formarán en nuestra mente unas representaciones que llamaremos ideas.

A veces, como demuestra la psicopatología actual, formamos ideas ilusorias sin impresiones previas, como en los casos de causa y efecto o espacio y tiempo. Muy notable es su concepto de la simpatía, esto es, el sentir con otros seres humanos iguales a nosotros y que pone a la base de su ética.

Es obvia la importancia de esta consideración en nuestra profesión en la que la empatía es esencial en todo acto médico y que podemos identificar aquí con la simpatía de Hume que plantea en su “Investigación sobre los principios de la moral”.

De agradable lectura y muy provechosas resultan sus obras “Autobiografía “ y “Diálogos sobre la religión natural”.

Todo el que tenga una visión panorámica de la filosofía sentirá atracción por **Kant** ya que podemos considerarle el prototipo de filósofo: hombre metódico y riguroso que dedicó toda su vida al pensamiento, la reflexión y la docencia.

Nació, vivió y murió en Königsberg. Su lema también lo es de la Ilustración y de todo intelectual con independencia de la rama del saber a que se dedique: “Sapere aude” atrevete a saber, utiliza tu propio entendimiento para alcanzar el conocimiento sin el yugo de doctrinas o directrices ya marcadas.

De una manera brillante sintetiza y supera las dos corrientes dominantes (empirismo y racionalismo) en la teoría del conocimiento de su “Crítica de la razón pura” concluyendo que nuestros saberes son una mezcla entre lo que recibimos de los sentidos y nuestra propia estructura cognoscitiva.

Por lo tanto su epistemología afirma que conoceremos lo que seamos capaces de comprender y organizar a partir de unas condiciones previas al mismo conocimiento.

Leyendo a Kant nos maravillaremos como él de la noche estrellada (el universo inmenso sobre nosotros) y la conciencia moral que todos llevamos dentro.

En la mayoría de las ocasiones nos movemos por imperativos condicionales pero Kant considera que lo auténticamente bueno de la persona es su buena voluntad expresada por el imperativo categórico: "Actúa de tal forma que tu conducta pueda ser considerada como ejemplo universal en cada caso". Es una reflexión extraordinariamente útil en el ejercicio de la medicina en todas las épocas y circunstancias. La persona y en nuestro caso el paciente debe ser considerado siempre como un fin en sí mismo.

Hegel es a la filosofía lo que el buen internista es a la medicina. Lo verdadero es la totalidad, como describe en su "Fenomenología del Espíritu", en la que también destaca su "movimiento dialéctico" tesis-antítesis y síntesis superadora.

El espíritu humano se mueve a lo largo de la historia, y se va realizando en diferentes pueblos o grupos. Un planteamiento tan idealista influyó decisivamente en el materialismo de Marx.

Leyendo a **Schopenhauer** vienen a la mente las palabras bíblicas: "Lucha es la vida del hombre sobre la tierra, y sus horas y sus días contados como los del jornalero". Concibe al hombre como un cuerpo fenoménico que alberga una voluntad de vivir que es la base del dolor existencial. La sociedad es un intento de paliar los efectos de la voluntad en marcha (fórmula expresada en su conocida metáfora de la convivencia de los puercoespines): ni tan alejados que se mueran de frío ni tan próximos como para herirse con las espinas.

Comenzó a estudiar medicina, pero luego derivó a la filosofía, si bien influyó en médicos como Freud, en su tercera vía para salir del permanente sufrimiento humano. Las dos primeras son el ascetismo y la contemplación estética, y la última –de hondas raíces antropológicas y humanas- es la compasión, por la que el hombre comprende que todos, en cuanto constituímos una realidad única, formamos parte de la misma entidad.

Marx pretende interpretar el mundo para transformar la realidad, que ve injusta, en otra sociedad diferente.

En definitiva, la naturaleza humana depende de condiciones materiales, por lo que sólo podremos realizarnos plenamente en sociedades libres y racionales. Su materialismo histórico impregna toda la filosofía posterior.

Aplica, pues, el método dialéctico a la economía política y en sus obras “El Manifiesto Comunista”, “El Capital”, etc... se insiste en la eliminación de la explotación del hombre por el hombre, como de una nación por otra.

La actualidad de sus planteamientos, y su vocabulario, forman parte de nuestra cultura.

El médico debe saber que muchas de sus reivindicaciones nacen de esta dinámica marxista, verdadera fuerza social transformadora; con independencia de que planteamientos comunistas totalitarios hayan fracasado económicamente.

Muchas veces los médicos tenemos, a la manera de **Nietzsche**, que emplear la “filosofía del martillo”, destruyendo ideas obsoletas y renovándolas con nuevos planteamientos. Su genealogía de la moral, su doctrina del superhombre y su anticristianismo son materia opinable. Pero es conveniente conocer su discurso.

Nos enfrenta cara a cara con el nihilismo al descubrir “la muerte de Dios” y nos plantea en su doctrina de la verdad que en nuestro mundo sólo existen interpretaciones y perspectivas de cada uno. Fue, como somos todos los médicos, un radical defensor de la Vida con mayúsculas, sin reduccionismos teológicos, morales ni sociales. Sus textos, como “Humano demasiado humano” o “Así habló Zaratustra” deben ser leídos, como él mismo nos plantea, con un marcado espíritu crítico .

De **Henri Bergson**, premio Nóbel de Literatura en 1928, nos interesan sus elegantes estudios sobre el impulso vital (él lo denominó “élan vital”) y su concepción del tiempo y la duración, de hondo significado psicológico: “Si nos quitan el sentido de la duración, desaparece prácticamente la conciencia”.

John Dewey une filosofía y pedagogía y afirma que es a través de la educación como se logra el fundamento de la democracia moderna. Se inscribió en el llamado “naturalismo humanista” y desarrolló la tesis de que el pensamiento humano es el instrumento de la evolución para alcanzar una situación nueva que reconstruye la anterior en un plano más elevado de realidad.

De plena actualidad con nuestros nuevos planes de estudios universitarios, ya planteó -frente a la concepción tradicional del aprendizaje imponiendo una serie de contenidos al alumno-, el “progresismo pedagógico”, que subraya la parte activa del mismo como “artesano de su propia formación”.

De él tomaría **William James** la base para el desarrollo de su pragmatismo.

Todo médico y todo intelectual español actual debe leer a Unamuno y a Ortega. Son parte de nuestro mundo y su influencia impregna muchos debates y pensamientos plenamente vigentes. Por otra parte, son pensadores que han tenido influencia más allá de nuestras fronteras.

De la intervención de **Unamuno**, un doce de octubre, en el Paraninfo de nuestra Universidad, y a pocos metros de esta Sala, destaco una frase para su reflexión en respuesta a las palabras de Millán Astray: “A veces quedarse callado equivale a mentir, porque el silencio puede ser interpretado como aquiescencia”. En su obra a mi juicio más importante “Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos” nos muestra viva y palpitante la lucha de la persona concreta, de carne y hueso, entre el deseo de inmortalidad y la realidad; “el abrazo de la fe y la razón”, y el “ansia irracional de eternidad” que todos llevamos dentro.

Toma de **Terencio** una máxima siempre presente en la mente del médico: “Homo sum et nihil humani a me alienum puto”, esto es, “hombre soy y nada humano me es ajeno”.

Ortega y Gasset pasa por ser nuestro mejor filósofo y su influencia ha sido notable en España y América. Todos tenemos en nuestro mundo algo de Ortega y de su raciovitalismo: “El hombre no tiene naturaleza sino historia, biografía”. La filosofía sería “el intento

de nadar cuando nos estamos ahogando en la realidad en que hemos caído”.

Esencial es comprender su clave filosófica: “yo soy yo y mi circunstancia”, lema que se completa con la continuación “y si no la salvo a ella tampoco me salvo yo”.

En nuestro complejo mundo de la medicina, en el que influyen tantos factores, es vital conocer las circunstancias propias de nuestro trabajo y de nuestros pacientes, esto es, el perimundo que nos envuelve y condiciona formando una parte imprescindible de nuestra vida personal y profesional.

Otra reflexión suya para meditar sobre ella, y de gran significado psicológico, es su distinción entre ideas y creencias: “las ideas se tienen; en las creencias se está”. Será imprescindible conocer (en nosotros mismos y en nuestros pacientes) y diferenciar estos dos espacios cognitivos, soporte y continente uno de ellos, y contenido el otro.

Bertrand Russell ha sido uno de los intelectuales más influyentes del Siglo XX. Filosóficamente es un “atomista lógico”, según lo cual, la realidad está compuesta de hechos no susceptibles de un posterior análisis y que corresponden a los datos sensoriales puros y sus propiedades, que se relacionan lógicamente.

Su “empirismo lógico” nos ayudará a comprender que hay problemas insolubles (en filosofía, en medicina y en la propia vida) por un planteamiento que aun pareciendo correcto es falso en su origen, como el dilema de Epiménides el cretense: “todos los cretenses son mentirosos”...

B. Russell comenta la regla de Occam, que formula como “la cuchilla” en relación con su principio “entia non sunt multiplicanda praeter necessitatem” (no deben multiplicarse los entes más de lo necesario). En medicina, este principio de la parsimonia se aplica a explicar diferentes síntomas y/o signos por una única entidad morbosa, hecho evidente en la clínica sin necesidad de elaborar múltiples hipótesis diagnósticas.

Si bien nos repugnan las conexiones de **Martin Heidegger** con el nazismo, no podemos dejar de considerarle un filósofo muy importante del Siglo XX.

Nos recuerda que el hombre “el dasein”, el ser ahí, es consciente de que proviene de la nada, en la que está constantemente sobreviviendo, lo que nos produce una angustia, revelación de nuestra auténtica condición: la finitud, la temporalidad.

Nuestra vida se pierde en general en la inautenticidad, al no asumir la realidad de nuestras limitaciones, la imposibilidad de cumplir todas nuestras posibilidades, de equivocarnos y culpabilizarnos de nuestras decisiones, en fin, enfrentarnos con nuestra cierta desaparición.

El vivir huyendo de esta realidad llena nuestra vida de impropiedad.

Asumir dignamente nuestra temporalidad nos permitirá como médicos comprender y ayudar en el periodo entre la nada a nuestros semejantes.

El Siglo XX se consideró fundamentalmente técnico y científico, es decir, profundamente racional. El mensaje central de la llamada Escuela de Frankfurt, de **Adorno y Horkheimer**, es que se emplean medios racionales pero al servicio de fines profundamente irracionales, sobre los que no se ha meditado suficientemente. La manipulación de las personas y de las conciencias llevaron al nazismo y al estalinismo, que no tienen nada de racional.

“¿Cómo hacer un poema acerca del ruiseñor o de la rosa después de haber vivido un horror como Auschwitz?”. “¿Después de comprobar lo que el hombre es capaz de hacer?”.

Es preciso conocer una de las obras principales de **Sartre**, el germen del existencialismo, “El ser y la nada”, que parte del establecimiento de dos ámbitos en el mundo del ser: el ser “en sí” y el ser “para sí”. El ser “en sí” es la materia, lo inerte, lo mecánico, una especie de esfera sin fisuras, es lo que es y como es y no le falta nada.

El ser “para sí”, la conciencia, no tiene plenitud, se está siempre haciendo y se hace mientras uno vive. La mala conciencia

consiste pues en no hacerse cargo de las propias elecciones y actuar como si uno no estuviese eligiendo nada.

Nuestra existencia es ir realizando la libertad en las diferentes situaciones vitales, y esto es lo que nos determina y por lo tanto, nuestra existencia precede a la esencia.

El hombre tiene que hacerse eligiendo e integrándose en un proyecto que le dé sentido y no puede disimular su libertad en roles ni estereotipos.

Los seres humanos vivimos en una angustia frente a la muerte y también frente a los demás (“el infierno son los otros”). La imposibilidad de alcanzar el proyecto ideal de ser en-sí-para-sí, el autoconsciente fundado, hace que el hombre pueda ser definido como “una pasión inútil”.

Como final quisiera decir que en el médico deben existir siempre dos cualidades muy bien expresadas de forma literaria por nuestro genio **Cervantes** que resume a mi entender en su gran compendio de medicina, psicología, filosofía y antropología que es nuestro “Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha”: la dignidad y el ánimo.

En lo relativo a la dignidad humana, hondo concepto renacentista que Cervantes profesa, en varios lugares de su libro afirma: “Cada uno es artífice de su ventura”; “cada uno es hijo de sus obras”; con la constante afirmación de sí mismo que hace D. Quijote cuando exclama: “Yo se quien soy y se que puedo ser no sólo los que he dicho”.

Exaltando el valor del ser humano en cuanto tal y de sus múltiples potencialidades: “Sábetete Sancho que no es un hombre más que otro si no hace más que otro”. Una fórmula en la cual no solo se implica la igualdad humana sino la necesidad de superarla por el propio esfuerzo en persecución del ideal.

Así lo plasma en la famosa aventura de los leones, cuando D. Quijote, tras haber probado su valor ante ellos que no osan atacarle a pesar de sus esfuerzos, exclama con legítimo orgullo: “Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo es imposible”.

Es una clara demostración de que el hombre, y más aún el hombre médico debe medir su valor por el ideal que persigue o por el esfuerzo que pone en su consecución, no sólo por el resultado de sus actos, muchas veces fuera de su influencia.

Es la actitud que siempre me ha guiado y la que quiero para todos los médicos presentes y futuros: la filosofía del ánimo esforzado en la tarea siempre humana y digna de ayudar a nuestros semejantes.

Muchas gracias.

Francisco González San Martín.